

—De saber adónde conducen todas estas largas disertaciones sobre nuestra condición.

—Lo sabrás pronto.

—Hablad.

—Y ya debías haberlo adivinado.

—Acabad por Dios.

—Ten paciencia.

—Quiero llegar al término final de esta conversación.

—¡Qué prisa la tuya, Santiago!

—¡Qué pachorra la vuestra, tío Elías!

—Aguarda y verás como todo cuanto ahora te digo conduce á un fin determinado. Somos pues semi-libres.

—Justo.

—No pertenecemos ni á los siervos del terruño, ni á ciudadanos del común.

—Somos así....

—De una condición intermedia.

—Justo.

—¡Triste condición!

—Nos llaman por tanto semi-libres.

—Lo cual equivale á decir que no somos ni carne ni pescado.

—Tal, Santiaguillo mío, lo quieren los hados.

—Ni somos aves, ni somos cuadrúpedos,

como los murciélagos, el ave que pare y cria en vez de poner huevos.

—Y por tanto...

—Creedlo.

—Por tanto...

—Somos los más desgraciados de los mortales.

—No somos ni una cosa, ni una personalidad jurídica; somos una personalidad incompleta.

—Términos muy sabios de derecho.

—Que aprendí en mis mocedades, recogiendo los de los labios de mi padre.

—¿Y cuáles son nuestras ventajas sobre los simples siervos?

—Parece imposible que lo preguntes.

—¿Pues no lo he de preguntar cuando no las advierto?

—Algunas tenemos.

—¡Qué pocas!

—Algunas muy evidentes.

—Dígalas.

—Tú las sabes mejor que yo.

—Dígalas sin embargo.

—Los siervos están representados por sus señores y como absorbidos en sus señores.

—Efectivamente, tío Elías.

—Pero, nosotros, los semi-libres, formamos una casta, por completo aparte, casta, que viene de luengos tiempos.

—Y que todavía lleva bien extraños nombres.

—Justamente.

—Yo no recuerdo bien...

—Se llaman, según decía mi pariente, l... l... l.

—Letz.

—Eso es... eso..., nombre de suyo equivalente al antiguo nombre de libertos.

—Y ¿en qué nos diferenciamos esencialmente de los siervos, en qué?

—Pues nos diferenciamos en que nosotros tenemos propiedad y los siervos son propiedad.

—Y, luego...

—No me interrumpas.

—Luego, ¿en qué nos diferenciamos de los libres?

—Ahí está el busilis.

—¿En qué nos diferenciamos?

—Pues nos diferenciamos en que los libres pagan tributos, muchas veces por ellos señalados, ó por sus representantes...

—¡Qué felices!

—Y nosotros tenemos que admitir á nues-

tros señores como cooparticipes de nuestra propiedad.

—Y el conde conmigo es una especie de cooposadero, y con vos es una especie de coolabriego.

—Justamente. Y para percibir con mayor facilidad la parte de coparticipación, que tiene de antiguo en las haciendas, han arbitrado una especie de tributo, el cual se conoce con muchos nombres en Alemania, nombres diversos y á veces contradictorios; pero que todos significan á una la cooposición del señor en nuestra propiedad.

—Y aún hay, tío Elías, otras diferencias.

—Sí, aquí entra lo más importante para el caso nuestro.

—Seguid.

—Los semi-libres tienen derecho á contraer matrimonio.

—Pues, entonces...

—¡Ah!

—Concluid, tío Elías.

—Pero con el permiso de su señor.

—Por manera...

—Que deberemos presentarnos ante nuestro soberano y pedirle su consentimiento.

—Y si lo niega...

—No podrá, no, casarse, faltándole tal requisito, el semi-libre.

—¿Y á esto le llaman semi-libertad?

—Á esto.

—Pues debian llamarle con mayor motivo, no semi-esclavitud siquiera, esclavitud absoluta y completa.

—Ya.

—Tenemos, pues, que ir á demandar permiso á ese perro de conde.

—Chist...

—Maldito sea.

—Calla,—dijo con imperio el tio Elías.

—Maldito mil veces.

—Las paredes oyen, y los calabozos tragan.

—¿Y qué hay de ciertos usos?—preguntó Santiaguillo, ruborizándose.

—¡Ya sé de qué hablas!—respondió Elías despidiendo amargo suspiro.

—Melchor dice que aspira el conde á coger las primicias de mi amor, y eso no puedo consentirlo yo, pues antes de ser profanada por otro mi mujer, quemaría con la triste antorcha nupcial ese castillo de buitres y ardería en sus voraces llamas yo mismo, con todos cuantos lo habitan. Y no serían las llamas tan horribles como los celos.

—Te diré.

—¡Oh!—Y Santiaguillo volvió á rugir como un tigre.

—Difícilmente hay ni puede haber derecho alguno, cuando el débil está completamente á merced y arbitrio del fuerte.

—Verdad.

—Los señores tienen el peor concepto de los villanos, y les apellidan gente sin conciencia en el alma y hasta sin alma en el cuerpo.

—¡Infames ellos!

—Las cartas de señorío declaran que pueden los señores hacer con sus esclavos cuanto les pida el gusto.

—Como los leones con sus presas.

—Y se arrogan así la propiedad absoluta del aire que respiran sus siervos y del sol que los alumbrá y del calor que los vivifica.

—¡Malvados!

—Mi esclavo, como mio, dicen los señores, me pertenece, cual me pertenecen mi perro y mi caballo. Puedo, pues, hervir los siervos en mis ollas y asarlos en mis parrillas.

—Hasta que los siervos se levanten á una y les arranquen las lenguas á quienes tales cosas dicen.

—El esclavo, según ellos, debe alimentarse de punzantes cardos.

—Y nosotros de sus hígados.

—Y por tanto, en su tiranía, los señores han llegado á reivindicar para sí la primera noche del matrimonio de sus siervos y á coger la flor más preciada en los amores, cual cogen lo más florido y más granado y más útil de la cosecha por los siervos cogida y sudada.

—Pues conmigo no hará eso el terrible señor de la comarca. Si tal intentara me lanzaría sobre su cuerpo, y de una sola puñalada le mandaría volando á los mismísimos infiernos.

—La horrible pretensión se llevó tan lejos, que la tuvieron y la lograron hasta muchos señores eclesiásticos, después de resuelto y decretado canónicamente el celibato.

—¡Canallas!

—Mas pugnaba tanto esta costumbre con todas las ideas, que se redujo, al fin y al cabo, á pasar el señor la pierna por la cama de los novios, antes de ir estos á retirarse juntos en la noche primera de sus bodas. Pasó, pues, á ser una sencilla ceremonia.

—Mas...

—Como los vicios buscan siempre alguna hipócrita excusa que los cohoneste y justifique, alguna legalidad tras cuyo broquel guarecerse, han ahora inventado muchos nobles el expediente de resucitar esas consejas, y bajo su sombra, más ó menos prestigiosa, desahogarse y satisfacer sin temor ni escrúpulo sus viles apetitos.

—Pues de mí no recabarán más que un odio llevado hasta el horroroso enfurecimiento, y un horroroso enfurecimiento llevado hasta la guerra.

—Mi venganza, creedlo, abrasaría la tierra enteramente, y derretiría en el incendio este castillo feudal, de cuyas paredes no quedará ni sombra, y de cuya memoria ni recuerdo.

—Ya estás instruido en el derecho, según me lo ha explicado siempre mi pariente, cuando se agitaban los siervos en Alemania, y se venía por tierra, cuarteado y maltrecho, el feudalismo, en las continuas guerras serviles que han pasado por nuestro suelo.

—No tiene, pues, derecho alguno á exhibir tales pretensiones vergonzosas.

—No lo tiene.

—De consiguiente...

—De consiguiente, hemos de reducirnos á presentarnos en su castillo y pedirle permiso para tu boda con Catalina.

—¡Qué vergüenza!

—No hay otro remedio,—dijo Elías con firmeza.

—¿Qué hemos de hacer?—observó Santiagoullo, con una mal reprimida conformidad.

—Todo se reduce á una mera ceremonia.

—No será mala ceremonia.

—Todo se hace por fórmula.

—No será mala fórmula.

—¿Cómo?

—Bueno está el conde, según me ha dicho Melchor, para irse con ceremonias y con fórmulas.

—El pobre labriego se presenta, pide ver al señor, y casi nunca le ve.

—¿Y qué sucede?

—Muy sencillo. El mayordomo mayor de la casa, ministro universal de las diminutas monarquías, nos recibe, nos oye, y nos autoriza en representación y nombre de su señor.

—Sí, acontecerá eso, cuando no haya gato encerrado en los asuntos.

—Acontece siempre, sin excepción casi.

—Pero, aquí, ya veréis, tío Elías, cómo nos molestan.

—Tú lo crees así.

—Como si lo estuviera viendo.

—Tan porfiado crees al conde.

—Porfiadísimo.

—Tan ciego.

—Como cegado por sus pasiones; que si nosotros somos siervos de él, ¡oh! él es también siervo de sus apetitos.

—¿Tan dispuesto le juzgas á una infame profanación?

—Tan dispuesto.

—Pues no podemos prescindir de su permiso.

—Ya lo veo.

—Y como no podemos prescindir de su permiso, hay que rendirse á la necesidad y que presentarse á su palacio.

—Allí debe aguardarnos, como aguarda el lebrél feudal en las cacerías, y al ingreso de las madrigueras, á la pobre husmeante liebre.

—Suceda lo que quiera, vamos con resolución, pues en todas estas cosas, no hay nada tan fatal y penoso como la incertidumbre.

—Salgamos de aquesta pronto, tío Elías.

- Salgamos, Santiaguillo.
 —A vuestras órdenes.
 —Vete á tu posada y ponte la ropa dominical.
 —Inmediatamente.
 —Hasta la vuelta.
 —Déjeme ver á mi novia.
 —Como quieras, Santiago.
 —Llámela, tío Elías.
 —Catalina, —gritó el tío Elías.
 —¡Que impaciencia tengo por llamarla mi mujer! —dijo Santiago.
 —Ya lo creo, como tonto que te parió tu madre.
 —No puede figurárselo.
 —Me lo figuro sin esfuerzo.
 —Ardo en verdadero deseo.
 —¡Bah! No hay moza tan garrida en la comarca.
 —Seguramente.
 —Ni tan buena.
 —Ni tan buena.
 —Toda se parece á su madre, quien era la hermosura y la virtud en una sola pieza.
 Cuando acababa Elías de pronunciar estas palabras, apareció Catalina, mirando alternativamente con religioso respeto al padre y con casto amor al novio.

- ¡Hija mía!
 —¡Padre!
 —¡Catalina!
 —Santiago.
 Y aquí hubo un momento de silencio, como si los tres interlocutores quisieran recoger sus ideas y su respiración y sus fuerzas en el supremo instante.
 —Mira bien, Catalina, míralo á este mozo.
 —Catalina en vez de mirarlo, bajó con rubor la vista y la fijó en el suelo.
 —¿Qué te parece?
 Catalina se cubrió el rostro con las manos á la inesperada y un tanto embazosa é irónica salida de su padre.
 —¿Y qué te parece á ti ella? —preguntó con socarronería el viejo al joven.
 —Me parece la estrella de la mañana, el lirio del valle, la sangre de mi corazón, el aire de mi pecho, el calor de mi vida, la luz de mis ojos, la esperanza de mi alma, el sér de mi sér...
 Al oír Catalina esta letanía, cayó de hinojos á los piés del padre.
 —Pues mira, oye, no seas tonta.
 Y Catalina ocultó el rostro, no sólo bajo las palmas de ambas manos, sino entre las rodillas del viejo.

—Vamos, ¿lo amas?

Y Catalina lanzó un sollozo amarguísimo.

—Cualquiera diría que nos hallamos en los postres de un tristísimo entierro, y no en los comienzos de una regocijante boda.

Observó el anciano mientras Catalina lloraba con bien extraordinario lloro á más y mejor.

—Vamos,—añadió Elías—eso quiere decir que no deseas casarte.

—¡Oh! Padre, no, no. Soy franca, mi felicidad consiste, sí, toda la felicidad de mi vida en unirme á Santiago como esposa sin separarme de vos, como buena y amante hija.

—Pues bien. Así te quiero, así, franca y sincera, y honradísima, como tu madre.

—Le dije la verdad, toda la verdad—replicó irguiéndose Catalina y enjugándose las lágrimas.

—Te veía tan gazmoña en tus amoríos y tan reservada con tu padre, que me asaltaban muchas tentaciones, pero muchas, de jugarle una regular pasada y fingirme contrario á tu boda.

—Padre, por piedad.

—Tío Elías, no la atormente.

—¿Por qué llorar así? En mi tiempo las muchachas se ponían como flores bien ro-

ciadas cuando las decían algo que oliese á boda y amor.

—Perdóneme, padre mío,—dijo con verdadera sencillez Catalina.

—Vamos, no hay para tanto, tío Elías, añadió con vehemencia Santiaguillo.

—Cuando las satisfacciones son muy grandes, frisan á una con el dolor, y para el dolor no tenemos nosotras las pobres mujeres ningún otro desahogo más que las lágrimas.

—Vamos, dale un beso á tu padre.

Catalina besó á su padre con trasporte.

—Dale ahora la mano á tu novio.

Catalina y Santiaguillo se dieron las manos, y se postraron de hinojos ante Elías.

—Que mañana la ley sancione vuestra unión como la sanciona hoy vuestro padre; que por siempre la bendiga Dios como la bendice ahora vuestro padre.

—Amen.—Dijeron ambos jóvenes, convirtiéndose recíprocamente los ojos á mirarse y oprimiendo con sendos expresivos estremecimientos sus manos.

—Anda, Santiago,—dijo Elías al mancebo.

—¿Adónde va?—preguntó Catalina con anhelo al viejo.

—A su posada,—respondió éste.

—¿A qué?—volvió á preguntar Catalina,

para cuyo deseo ausentábase demasiado pronto Santiaguillo.

—A vestirse de fiesta.

—¿Para qué?

—Para pedirle permiso al señor.

—¿Permiso?

—Sí, Catalina, permiso,—dijo Santiago.

—Pues yo creí que sólo necesitábamos de mi padre, del escribano y del vicario.

—Pues no, todavía necesitamos de más gente.

—¿De qué gente más?

—Necesitamos del permiso de nuestro señor.

—Y no el que está, Catalina, en los cielos, sino el que está en el palacio,—murmuró Santiaguillo.

—Pues sea cual fuere el poder á quien debemos apelar, ¡oh! roguemos al cielo que seas tú, Santiago, tan buen marido como fué mi padre, y sea yo tan buena mujer como fué mi madre.

—Vamos, dejaos de historias, y á vestirse y volver pronto,—dijo Elías con imperio. Y á este imperioso mandato, Santiaguillo, después de haber exhalado tristemente de su pecho un profundo suspiro, lanzóse á carrera tendida en busca de su posada.

CAPÍTULO VIII.

LOS SEÑORES Y LOS SIERVOS.

—Mientras el corazón de Santiaguillo arde todo entero en grandes impaciencias, arde á su vez todo entero en fiestas el palacio de Heffelstein, decia Melchor á varios sonadores que le acompañaban por los anchos patios de la feudal vivienda, después de haber tocado largo espacio armoniosa música.

—¿Y cómo te puedes explicar este continuo bureo y esta constante algazara?—preguntaba uno de sus compañeros á Melchor, á quien todos respetaban, primeramente por ser el músico más diestro de la orquesta, y después por ser quien más experiencia mostraba del mundo y sus misterios, de la vida y sus secretos.

—Yo te diré, compañero, yo te diré. La